

TIEMPO DE DESCUENTO

Mis horas de sueño son cada vez más cortas, me despierto temprano y en duerme-vela me quedo mirando esa grieta de la pared, la lámpara de luz mortecina que cuelga del techo, el crucifijo y la cama de matrimonio, cuantas veces lo habré visto. Ahora duermo yo sólo, sólo con mis recuerdos. Una vuelta y otra, abrazo la almohada, todas las noches iguales. Cómo me duele este silencio

Me levanto a las ocho de la mañana, voy directo a la cocina, con una taza de café en la mano hablo en voz alta, para hacerme compañía. Pienso en el tiempo que ya se ha ido, cuesta abajo sin frenos y me pregunto.

—¿A dónde se fueron los años?

—El teléfono empezó a sonar sacándome de mi ensimismamiento,

—Hola papá. ¿Qué tal has dormido? ¿Qué vas hacer hoy?

—Lo de siempre hijo, ir a ver a tu madre.

—Después de un breve silencio dice:

—He hablado con mis hermanos y hemos pensado que estos meses de invierno te vengas a vivir a nuestra casa. —¿Por qué tengo que irme?

—Para que no estés solo, y los fines de semana iremos a ver a mamá.

—Agradezco tu propuesta hijo, pero me quedaré en mi casa. —Tu madre está aquí, y mientras ella viva iré todos los días a verla.

Con la llegada del otoño las mañanas son frías, los días cortos y grises y me invade un estado de melancolía. Todos los días iguales. Recorro la casa, abro las habitaciones, silencio. La vida ha volado, aún resuena el eco de las voces alegres de mis hijos:

“Mama, que llego tarde al colegio, ¿dónde está mi cartera? “

“Ya hemos terminado la carrera.”

“Tengo novia.” “Nos casamos.” Y llegaron los nietos, la prolongación de mis hijos y la nuestra también.

Uno se prepara para todas las etapas de la vida, la infancia, la adolescencia, la juventud, para la vejez en cambio, nadie se prepara.

Tenemos prisa por vivir, quemar etapas. Me parece que ayer era joven y ya ha llegado al otoño.

—Estoy en el tiempo de descuento, el árbitro añadirá unos minutos y pitará el final. Se ha acabado el partido, la vida.

Cerré la puerta de la casa, me puse el abrigo y la bufanda. No había olvidado nada, el agua, el gas estaban cerrados, me aseguré de guardar las llaves en el bolsillo e inicié el mismo recorrido de todos los días, a la misma hora.

Conocía de memoria la baldosa suelta, la cuesta empinada y el seto que separa la carretera del sendero hasta llegar a la verja de la residencia. Se había convertido en una costumbre.

Pasos pensados, pasos pausados. Es en este sendero de cuadrículas uniformes donde descubro el reflejo de mi vida, paso a paso, cuadrícula a cuadrícula. Belleza absoluta de quien sabe mirar, de quien sabe a dónde le conduce la vida.

Llamé al timbre, la puerta del jardín se abrió lentamente. Me conocen, ya no preguntan. No recuerdo exactamente cuántos años llevo haciendo lo mismo, a la misma hora. He perdido la cuenta.

—Un momento —dijo la enfermera. —Siéntate aquí, espera, enseguida viene.

Le sonreí, ¡Qué ironía! Quise imaginar, quise soñar despierto, que de pronto se abriese la puerta y apareciese la mujer que guarda mi memoria, mi mujer, guapa, sonriente, alegre. Creo que me enamoré, nada más verla. Alta, morena, ojos castaños chispeantes, sonrisa cautivadora. Ahora mientras espero en la sala de visitas de la residencia cierro los ojos, dejo volar mi imaginación hacia ese recuerdo. Un espejismo.

Visualizo mi juventud, hago un recorrido por mi vida, mis proyectos, pero ya son pasado.

Desperté de mis ensoñaciones bruscamente, cuando delante de mí, la enfermera colocó a mi mujer en una silla de ruedas, con la cabeza ladeada y la mirada perdida.

—Aquí está tu marido. —Todos los días viene a verte. ¡Estarás contenta!

—Apenas levantó la cabeza. La di un beso en la mejilla.

—Buenos días. ¡Qué guapa estás! ¿has dormido bien?

—Con un hilo de voz respondió. —Si.

Nos quedamos un rato en silencio. Levantó lentamente la cabeza, la mirada fija, inexpresiva,

—¿Quién eres que vienes todos los días?

—Soy tu marido.

—No te conozco. ¿Quién dices que eres?

—Tu marido.

—La cogí la mano. Y mirándola a los ojos, dije:

—¿Te acuerdas? —Nos conocimos en el baile de tu pueblo. Nos enamoramos y nos casamos.

Ahí empezó nuestra historia de amor, hasta hoy. Monólogos paralelos, dos desconocidos, un abismo insalvable. Ya no era la mujer a la que yo había amado, era un leve reflejo.

Llegó la hora de marcharme, al despedirme, levantó levemente la cabeza me miró y con un hilo de voz, dijo:

—Quiero irme contigo a casa. —Espérame.

—La di un beso en la mejilla. —Hasta mañana, dije, conteniendo las lágrimas.

Cada vez que llego a este lugar, siento que alguien me espera, que alguien me ama. Una historia de amor construida a través de los años. Así de fuerte era nuestro amor. Es un regalo percibir sus deseos.

Me puse el abrigo. Sólo con mis pensamientos, sólo con mi dolor. Me recorría un escalofrío de silencio, de soledad y tristeza. Pero mi memoria guardaba viva la imagen de mi mujer.

Salí a la calle camino de mi casa, la misma baldosa, el mismo seto. Recorro el mismo sendero de cuadrículas iguales, indiferentes y frías que ocultan sus entrañas al paseante. Solo tengo memoria para lo importante y oídos para captar el eco de mis pasos por este sendero sencillo.

Momentos de silencio y soledad que guarda cada paso. Y eso hace que mi pequeño mundo se llene de luz cada vez que ella recuerda, cada vez que a través de la memoria se construye toda una vida.

